

3º *Que nos dé su auxilio para evitar el pecado*, reprimiendo los movimientos desordenados de la concupiscencia y haciendo obedientes a la razón los apetitos carnales, pues eso no lo podemos sin la ayuda de la gracia.

4º *Que todos los hombres de la tierra vengan al conocimiento de la ley de Dios*, para que por esta ley la voluntad de Dios aparezca clara a todos ellos, igual que ya lo es para el pueblo cristiano.

5º «Así en la tierra como en el cielo».

Por estas palabras se precisa *el modo y la forma de cumplir la voluntad de Dios*; lo cual puede entenderse de dos maneras:

1º La primera, designando por «*cielo*» a los ángeles y santos bienaventurados, y por «*tierra*» los hombres viadores, de modo a pedir que la voluntad divina se vea cumplida por los hombres en esta tierra con aquella misma obediencia y perfección con que los ángeles y bienaventurados la observan y cumplen en el cielo.

2º La segunda, designando por «*cielo*» a los hombres buenos y piadosos, y por «*tierra*» a los hombres malos e impíos, de modo a pedir que los pecadores se conviertan y sirvan a Dios como lo hacen los buenos cristianos; o también designando por «*cielo*» al espíritu pronto, y por «*tierra*» a la carne flaca, de modo a pedir que en todo momento la carne flaca se someta a los dictámenes del espíritu.

6º Consideraciones finales sobre esta petición.

Esta petición debe hacerse *con gran modestia y humildad*, considerando por una parte cuánto se opone a la divina voluntad la inclinación desordenada de nuestros apetitos, y por otra cuán débiles somos para resistirla y encauzarla, ya que, sin el auxilio de la divina gracia, no podemos hacer nada (Jn. 15 5), ni siquiera comenzar una obra agradable a Dios (II Cor. 3 5).

Asimismo, hemos de *resolvernos interiormente a no hacer nada contra la divina voluntad*, recordando que no hay cosa más excelente que servir a Dios y vivir según sus leyes y preceptos, y escarmentando en aquellos a quienes resultaron mal sus empresas, por no haber conformado a la voluntad de Dios la ejecución de sus planes, como sucedió con Faraón (Ex. 4-6).

Finalmente, debemos *resignarnos siempre en la voluntad de Dios*, ya aceptando el lugar, tiempo y condición en que la Providencia nos ha puesto, ya las diversas penalidades por las que debe pasar nuestra vida, como la carestía de recursos materiales, las enfermedades corporales, las persecuciones y otras molestias y trabajos, persuadidos de que nada acontece sin la voluntad de Dios: «*Dios lo dio, y Dios lo quitó. Sea bendito el nombre del Señor*» (Job 1 21).

La Oración Dominical Tercera petición del Padrenuestro

A la petición del *Reino de los Cielos* ha de seguir la del *cumplimiento de la voluntad de Dios*, pues según afirmación de Nuestro Señor, sólo entrarán en él quienes cumplan la voluntad de su Padre celestial (Mt. 7 21). Mas para poder comprender los grandes bienes que alcanzamos por medio de esta petición, hay que entender antes a qué miserias quedó sujeto el linaje humano después del pecado de nuestro primer padre.

1º Males que acarreó al género humano el pecado de Adán.

Dios grabó en todas las criaturas, al crearlas, el apetito de su propio bien, para que por natural inclinación lo desearan y buscaran. También el hombre, como las demás criaturas, recibió una inclinación a desear a Dios, Autor y Padre de su felicidad, mas de manera libre e inteligente.

Esta libertad de que Dios dotó al hombre no consistía en la facultad de obrar según el propio querer o capricho, sino más bien en la facultad de dirigirse hacia el fin asignado por Dios conociéndolo con la inteligencia, y queriéndolo con la voluntad, a diferencia de los animales, que se dirigen a él por instinto, o de las plantas y seres inanimados, que tienden a él por sus leyes propias.

Por eso, la libertad concedida a Adán lo inclinaba naturalmente hacia la virtud, pues virtuoso es todo el obrar del hombre cuando se ajusta a la norma de la razón y de la voluntad rectamente esclarecida.

Pero, mientras que en las demás criaturas esta inclinación permaneció siempre inalterada, no sucedió así en el hombre: al pecar, Adán no sólo se vio privado de la justicia original con que Dios había adornado su naturaleza, sino también de la propia inclinación a la virtud, que Dios había grabado en nuestras almas; de modo que desde entonces nadie por sí mismo siente naturalmente gusto en obrar bien, sino que todos están inclinados al mal, y son innumerables las pasiones malas del hombre.

Por este motivo, expresando la experiencia que todo hombre puede hacer en sí mismo, confesaba San Pablo: «Lo que hago, no lo entiendo, pues no practico lo que quiero;

al contrario, lo que aborrezco, eso hago... Yo sé que en mí, a saber, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo; porque no hago el bien que quiero, sino al contrario, el mal que no quiero, eso practico... Por lo tanto, hallo esta ley: Aunque quiero hacer el bien, el mal está presente en mí; porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo en mis miembros una ley diferente que combate contra la ley de mi mente y me encadena con la ley del pecado que está en mis miembros» (Rom. 7 21-23).

El colmo de nuestra desgracia es que, lejos de reconocer como malas estas pasiones desordenadas que el pecado dejó en nuestra naturaleza, las juzgamos buenas y buscamos con avidez lo que nos es perjudicial, mientras que juzgamos como malo y huimos como de cosas perjudiciales de las que verdaderamente son buenas y honestas. Se cumple entonces en nosotros lo que dice el profeta Isaías: «¡Ay de los que a lo malo llaman bueno, y a lo bueno, malo! Consideran las tinieblas como luz, y la luz como tinieblas. Consideran lo amargo como dulce, y lo dulce como amargo» (Is. 5 20). Por eso las Sagradas Letras nos comparan:

- *A quienes han perdido el sentido del gusto (Is. 24 9; Ez. 18 2).*
- *A los enfermos (Sal. 6 2; 106 12): pues así como ellos se ven incapaces de cumplir los oficios y obligaciones de las personas sanas hasta que no salgan de su enfermedad, así también nosotros, aunque podemos hacer algún bien natural, somos absolutamente incapaces, sin el auxilio de la gracia, de hacer cosas gratas a Dios y condescendientes a nuestra felicidad eterna, como amar y dar culto a Dios como es debido; y si este auxilio no viniere pronto en nuestra ayuda, no tardaríamos en rechazar toda clase de obras buenas para precipitarnos voluntariamente en nuestra ruina.*
- *A los niños, los cuales, dejados a su arbitrio, corren sin reflexión a toda clase de cosas frívolas e imprudentes (Prov. 1 22; I Cor. 19 20).*

2º Remedio a estos males.

El que por la gracia ha desechado de su alma estas tinieblas y esta necedad, al considerar el gran número de apetitos desordenados que bullen en su naturaleza, buscará el remedio con verdadero afán. Este remedio lo pedimos por las palabras «Hágase tu voluntad»; pues si incurrimos en tantas miserias por faltar a la obediencia y despreciar la voluntad de Dios, el único remedio es volver a conformar nuestra vida con la voluntad de Dios, y medir por esta regla todos nuestros pensamientos y todas nuestras obras.

Nadie puede prescindir de esta petición, ni siquiera quienes han sido justificados por la gracia y cumplen la voluntad de Dios. En efecto, después de perder el hombre por el pecado la justicia original, que moderaba las pasiones, ya no puede la razón mantenerlas tan dentro de su órbita, ni tener tan reprimidos los apetitos de la carne, que nunca vuelvan a acometerla después. Y aunque la gracia sana nuestra alma del pecado, no sana en esta vida enteramente nuestra carne (Rom. 7 18), y por tanto no deja al alma, justificada ya por la gracia, libre de la guerra que le hacen sus pasiones desordenadas. Por eso hay que recurrir al auxilio de Dios y pedir que se haga en nosotros su voluntad.

Por **voluntad de Dios** entendemos aquí principalmente su *voluntad signifi-* cada, esto es, lo que Dios nos manda o aconseja hacer o evitar, ya por sí mismo, ya por medio de su Iglesia, comprendiendo todo lo que ordena al hombre a la adquisición de la felicidad del cielo, ya se refiera a la fe, ya a las costumbres.

4º Significado de esta petición: «Hágase tu voluntad».

Así como la *santificación del nombre de Dios* reclama el establecimiento del *Reino de Dios*, así también el Reino de Dios lleva al hombre a *conformarse plenamente con el plan divino*, o, dicho de otro modo, a conformar todas sus voluntades con las de Dios. Eso es lo que decimos con las palabras «Hágase tu voluntad», pidiendo por las mismas:

1º **Que el Padre celestial nos dé fuerzas para cumplir sus divinos mandamientos y obrar en todo según su deseo y querer**, de modo que vivamos como hijos nacidos de Dios (Jn. 1 13), lo sirvamos en santidad (Lc. 1 74-75) y estemos resueltos a sufrirlo todo antes que separarnos lo más mínimo de su voluntad.

Todos los Santos comprendieron bien la gran dignidad de los que obedecen a Dios, por cuanto el Señor declara que les está unido con los más estrechos lazos de amor y benevolencia: «Todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt. 12 50); y por eso suplicaron con instancia la gracia de esta petición con términos verdaderamente elocuentes y muy variados, entre ellos David en su Salmo 118.

2º **Que nos haga detestar las obras de la carne** (Gal. 3 19-21), que sólo aportan la muerte (Rom. 8 13); y que, por lo tanto, no permita que hagamos las cosas a que nos excitan nuestra sensualidad, codicia y flaqueza, sino que dirijamos siempre nuestra voluntad conforme a la suya. Precisando un poco más, pedimos aquí:

- *Que no nos conceda Dios el deseo de nuestra voluntad, cuando es notorio ser depravado dicho deseo (Rom. 1 28), aunque eso suponga aborrecernos a nosotros mismos –lo cual, de todos modos, es necesario para ser discípulos de Nuestro Señor (Mt. 16 24)–, sobre todo sabiendo que mucho mejor es desear lo recto y justo, aunque a veces parezca mortificante, que poseer lo que es contrario a la razón, a las virtudes y a las leyes divinas.*
- *Que tampoco nos conceda lo que alguna vez pedimos como bueno, pero a incitación del demonio transformado en ángel de luz (II Cor. 11 44), al modo como no escuchó el Señor el deseo de San Pedro, que intentaba apartarlo de su Pasión (Mt. 16 22), ni el de los apóstoles Santiago y Juan, que pidieron que lloviera fuego del cielo sobre una población samaritana que no quiso dar hospitalidad al Salvador (Lc. 9 54-56).*
- *Que tampoco nos conceda lo que, sin ser realmente malo, responde a la primera inclinación de la naturaleza, que apetece lo que le agrada y no quiere lo que la mortifica; sino que nos haga imitar al mismo Señor, que en su agonía puso las repugnancias de su naturaleza en manos de su eterno Padre, resignándose enteramente a su voluntad (Lc. 22 42).*